

ESPAÑA incógnita

Es posible que el pueblo español no sepa quién es. Que nunca lo haya sabido. Algunos pensarán que esta suerte de desconocimiento es buena, lógica y hasta común a otros pueblos; pero este fenómeno presenta en España, no sólo en el pueblo sino esencialmente entre las élites, rasgos particularmente esquizoides. En cien años, hemos pasado de ocuparnos en remediar los males de España a promover su eutanasia.

por Javier Esteban

NACIONALISMOS SIN OPOSICIÓN

Todos los días, unos cuantos destacados ciudadanos españoles de Vitoria, de Barcelona, de Santiago o de Madrid madrugan pensando en acabar definitivamente con los restos del oxidado Estado español. Esos mismos señores, al tiempo que se afanan en construir las voluntades de lo que consideran sus pueblos y en alimentar una autoconciencia nacionalista, son capaces de fomentar y rentabilizar un clientelismo político indestructible e innato a un régimen propio a sus intereses. Gentes de cierta condición que bien podrían gobernar España, rescatan, inventan y postulan naciones tan subjetivas como todas las naciones, levantan proyectos... Todo ello produce la certera impresión de que conspiran -diría **Quevedo**- precisamente contra España. Es como si el esfuerzo unitario, sangriento y modernizador del último siglo y medio estuviera siendo desmontado a conciencia. Como si el viejo fantasma de una España que no quiere ser oscurciera la fantasía de un inexistente patriotismo constitucional. Como si el Estado se descompusiera irremediablemente. Como si podridas las cinchas cuarteleras que sujetaban la "Nación" su sociedad se dividiera. No parece, por lo demás, adivinarse el final de tal movimiento disgregador.

Con ello no me estoy refiriendo al logro razonable e indiscutible de éstas o aquellas competencias administrativas; y ello aún siendo consciente del coste y de la profunda insolidaridad que encierran muchas de aquellas medidas. El verdadero problema de España se encuentra en otro terreno: donde se forja el alma de los pueblos. La educación de parte de una generación de españoles en clave de nacionalismo tendrá consecuencias irreparables para el destino de los españoles por la propia naturaleza de las tesis nacionalistas. Toda Nación busca su autodeterminación.

EL PRÓXIMO NOVENTAYOCHO

Desde un agnosticismo de lo nacional estas tesis pueden parecer rocambolescas e innecesarias, pero la observación de la Historia no permite que seamos demasiado optimistas. Nietos de los nietos de aquel desastre, estamos abocados a vivir otro noventay ocho: Esta vez, un noventay ocho por implosión; un noventay ocho anestésico. Quizá nos encontremos ante el definitivo paseño del *Raptor de Europa* al que ahora Europa somete y reduce. Atentos a la baza de la Historia, cuando algunos lugares de origen ibéricos pretenden la autodeterminación. ¿El último noventay ocho culminaría con el descuartizamiento del Estado español?

¿Qué hacer? Y antes, ¿esto a quién importa?. España ni

siquiera parece importar a los vividores que usufructúan al Estado madrileño. Si preguntamos a la gente joven, España duele tópicamente a muy pocos; casi a nadie. Asombroso si lo comparamos con el dolor de cabeza, de muelas y hasta de ovarios que producen las incógnitas sobre el destino de vascos, catalanes o gallegos a sus compatriotas. No se encuentran, por ejemplo, entre los jóvenes escritores demasiadas gentes preocupadas por el destino de su país. Somos conscientes ciudadanos del mundo sin querer saber de dónde ni cómo ni por qué. No es raro que no tengamos hombres de Estado ni políticos de talla... Y sí mucho joven pelele en la vida pública.

ACCIÓN DE LAS MINORÍAS

La reacción pensante de principio de siglo frente a aquel otro noventay ocho fue obra de minorías. Pero el fenomenal mito regeneracionista, con sus cirujanos y posteriores anestésicos, ortopedas no se sostiene más: Era bastante infumable. Desconocía la raíz del poder y propició el crepepepe moralista junto a un programa de mínimos en parte ya satisfechos. Y, sin embargo, algo queda...

Hoy se dice, como **Unamuno**, ¿y Europa? Claro que España no está hoy aislada como hace cien años, afortunadamente; pero España carece de proyecto y esta carencia no puede solaparse, eclipsarse, en el proyecto europeo. Entre otras cosas porque ese proyecto tiene primero que construirse y no satisface plenamente la vocación histórica y la herencia española. Pero sobre todo, porque el proceso de integración europeo se está produciendo de un modo sospechosamente antidemocrático. Europa es un proyecto necesario, ¡pero ojo!, no suficiente para mantener la unidad entre los españoles. Tampoco el marketing político de quienes pretenden vendernos que la Corona garantiza un des-

tinio común a los españoles parece convincente a la luz de los acontecimientos. Ambas ideas, como la Constitución, más bien operan como causa justificante de un destino nacional meramente formal, hueco.

LA NECESIDAD DE UN PROYECTO

La necesidad de proyecto para España que expresa **Jovellanos** antes que nadie acabará convirtiéndose en bandera y hasta en bandera. Si fuera correcto (como explica **García-Trevijano**) que España no puede ser un proyecto subjetivo, estaríamos ante un dogma fabuloso: objetivar el Estado español... Hacer de España un hecho impidiendo cualquier atisbo de autodeterminación es una propuesta audaz pero poco real. Reducir la nación a la razón, al análisis del poder, resulta interesante. Pero, sea como sea, la Nación sigue arrastrando pasiones y moviendo la Historia. ¿Qué hacer con los creyentes de la Nación? ¿Qué hacer con los que dentro de España creen en otras naciones y provocan acontecimientos? ¿Podríamos reducir la cuestión nacionalista a una cuestión de poder? Sinceramente creo que hay algo más que voluntad de poder entre los resortes que mueven a los nacionalistas. Y creo que España necesita un proyecto, especialmente al ser España un Estado de origen plurinacional. Sólo un proyecto superior puede vencer la tendencia disgregadora de los nacionalismos, de lo local. Y ello al margen de cómo y cuándo se produzca -si se produce- la

fusión de las llamadas soberanías europeas. Otra cosa es vincular el proyecto a la necesidad de racionalizar el poder en España. Ahí sí que pone el dedo en la llaga este autor. **Trevijano** cierra, desde la solución democrática, la cuestión que plantea **Costa** y planea sobre todo el siglo. Un siglo que no supo dar respuesta a la relación de poder en España por desconocimiento del funcionamiento del mismo poder. Cierra un ciclo de noventayochos.

ESPAÑA NUNCA RECOMPUESTA

Luego está lo del presunto trauma histórico. En primer lugar, España no cree en sí misma porque en estos momentos no sabe ni lo que es ni lo que representa. Y teme reflexionar, porque desde cierta perspectiva se cree vencida y acabada. Vencida, entre otros, por sí misma. Fue **Giner**, probablemente, quien antes expresa sus temores sobre la naturaleza decadente de los cuatro últimos siglos, contagiando con ella la visión de sucesivas generaciones. El siglo XIX desarrolla el intento de vertebrar una España terminal. **Ortega** no se muestra mucho más optimista, pero abre otras posibilidades. La imagen de una cuesta abajo histórica tardará años en corregirse. Más cercanamente, la recuperación de una cierta idea de España civil entre las élites es un hecho en el primer tercio de siglo. Luego, la idea más reaccionaria de España será utilizada como coartada para legitimar una nueva situación de poder tras la Guerra Civil. Queda abierta desde entonces otra profunda fisura en la conciencia nacional. En la Transición se instala el Consenso, pero la memoria española queda en blanco al tiempo que se instrumenta un orden jurídico-político formalmente unitario y clientelar que propicia que los nacionalismos ganen la batalla de los destinos y de las ideas a quienes defienden un destino común para los españoles. Desde hace aproximadamente un siglo, España cree padecer una especie de agotamiento histórico que desemboca en la orgía de exaltación cainita de la Guerra Civil. Posteriormente, la sociedad española generó una suerte de orgullo acomplejado que transmitió la generación de los hijos de quienes hicieron la guerra: confuso sentimiento que empuja a la periferia y suele concluir muchas veces en lo localmente grotesco como reacción a la española acomplejada (Arzalluz no quiere ser zarzuela). España se muestra, más que ininteligible, incomprendiblemente incompatible consigo misma.

VISTA AL FUTURO

Y ustedes dirán, ¿acaso estamos locos?. ¿de qué proyecto nacional puede hablarse hoy? Parece, efectivamente, que España ha renunciado a todo. Analizada la cuestión Europea hay que analizar España, donde la gran cuestión que

plantea **Costa** sigue abierta. El problema esencial en España sigue siendo la relación entre gobernados y gobernantes. Es necesario dotarnos de un orden político que profundice en la democracia, permita la circulación de las élites, limite el poder y sustituya a las actuales oligarquías, sean o no nacionalistas. Necesitamos, desde la libertad política conquistada, transformar productivamente España, crear empresa sin traba, desparasitar nuestra economía y ocupar el puesto que nos corresponde en el mundo; necesitamos cuidar de nuestra memoria civil y de nuestra naturaleza, replantearnos nuestra geopolítica (¿dónde está?), seleccionar nuestros gobernantes, reconocer nuestras vanguardias, entender lo que hemos sido en cada momento y asumirlo, preguntarnos siquiera quién somos, plantear unas metas superiores para todos los españoles, catapultar nuestra generación, reformar estéticamente España, descentralizar la administración y recuperar una cultura unitaria para todos los españoles. Esta podría ser tarea para toda una generación universitaria que ahora dormita. Crear, en una palabra, como deben crear todas las clases dirigentes, un orden político al servicio la Sociedad. Labor que parece imposible que pueda llevarla a cabo una clase política que a menudo olvida a quién representa: un régimen basado en el disfrute de una clase gobernante mortecina. Pero todo esto no podrá hacerse sino teniendo claro el análisis del poder y la comprensión de la *Teoría de la Democracia*. Desde ahí sí puede imaginarse el porvenir sin tener que decir aquello de...érase una vez España. ●

LA RABIA Y LA IDEA

Carlos IV regaló sus reinos a Napoleón a cambio de un exilio dorado: vendía las Españas como si fueran una finca, con todos sus bienes muebles e inmuebles, incluidos unos resignados semovientes llamados súbditos. Era el rey "nuestro señor", el amo de almas y tierras. El pueblo, que no quería al nuevo dueño, se alzó en armas y tuvo lugar la primera guerra de liberación popular. Pocos fueron los que combatieron por España, casi todos por el Trono. Sólo la élite de letrados y militares tenían conciencia de lo que era una patria. Fueron ellos los que elaboraron nuestra primera constitución e intentaron que el gobierno no obedeciera a los caprichos de un monarca. Por supuesto, el regreso de los Borbones significó la vuelta al viejo orden con el aplauso de la chusma y las alabanzas de la Iglesia.

En el Antiguo Régimen no existía la igualdad ante la ley, sino la excepción sistemática: fueros, costumbres y privilegios defendían las prebendas del clero y de las oligarquías locales. Suprimir esa situación jurídica, acabar con el monopolio ideológico de la Iglesia (aunque sin negar el carácter confesional y católico del Estado) y con la Inquisición fueron los objetivos de los liberales del XIX, aparte del ya mencionado de impedir que el destino de todos dependa del capricho de un solo hombre.

Este programa contó con la enemiga inflexible de los poderes locales y de la Iglesia. La palabra *patriota* equivalía a hereje para los reaccionarios. La lealtad se debía a Dios y al rey, no a la patria, término pagano y contrario a la tradición católica. Patriotas fueron los jacobinos que destruyeron a los reyes, vaciaron los templos y dieron la soberanía al pueblo. Los reaccionarios eran *vasallos*, fieles *súbditos*. Sólo los vínculos dinásticos y la sumisión a la Iglesia mantenían unidos los reinos, donde las plutocracias locales hacían y deshacían a su antojo sin temer ninguna intrusión de la Corte. Todo aquello peligraba con la llegada de las nuevas ideas al poder.

Los reaccionarios, que tenían más apoyo popular que los liberales, combatieron durante todo un siglo contra la idea de patria. Hacia 1876 quedó patente que los *txapelgorris* no entrarían en Madrid, y los *carcas* se dedicaron al localismo, al estudio de un pasado mítico y a clamar contra unos agravios -reales o supuestos-, lo que armonizó bien con la mentalidad clerical de las burguesías periféricas. Nacieron así los nacionalismos vasco y catalán bajo las faldas de los sacristanes, producto de unas clases medias que rechazaban a los emigrantes andaluces y extremeños que acudían a ser explotados en sus grandes industrias -beneficiadas por el proteccionismo de la *pagana* Madrid-.

Hoy -venganzas de la Historia-, dueños de los principales resortes del poder, quieren reducir el Estado a la boda de una infanta (Raúl del Pozo dixit). Volvemos a ser vasallos.

J. MANJON.

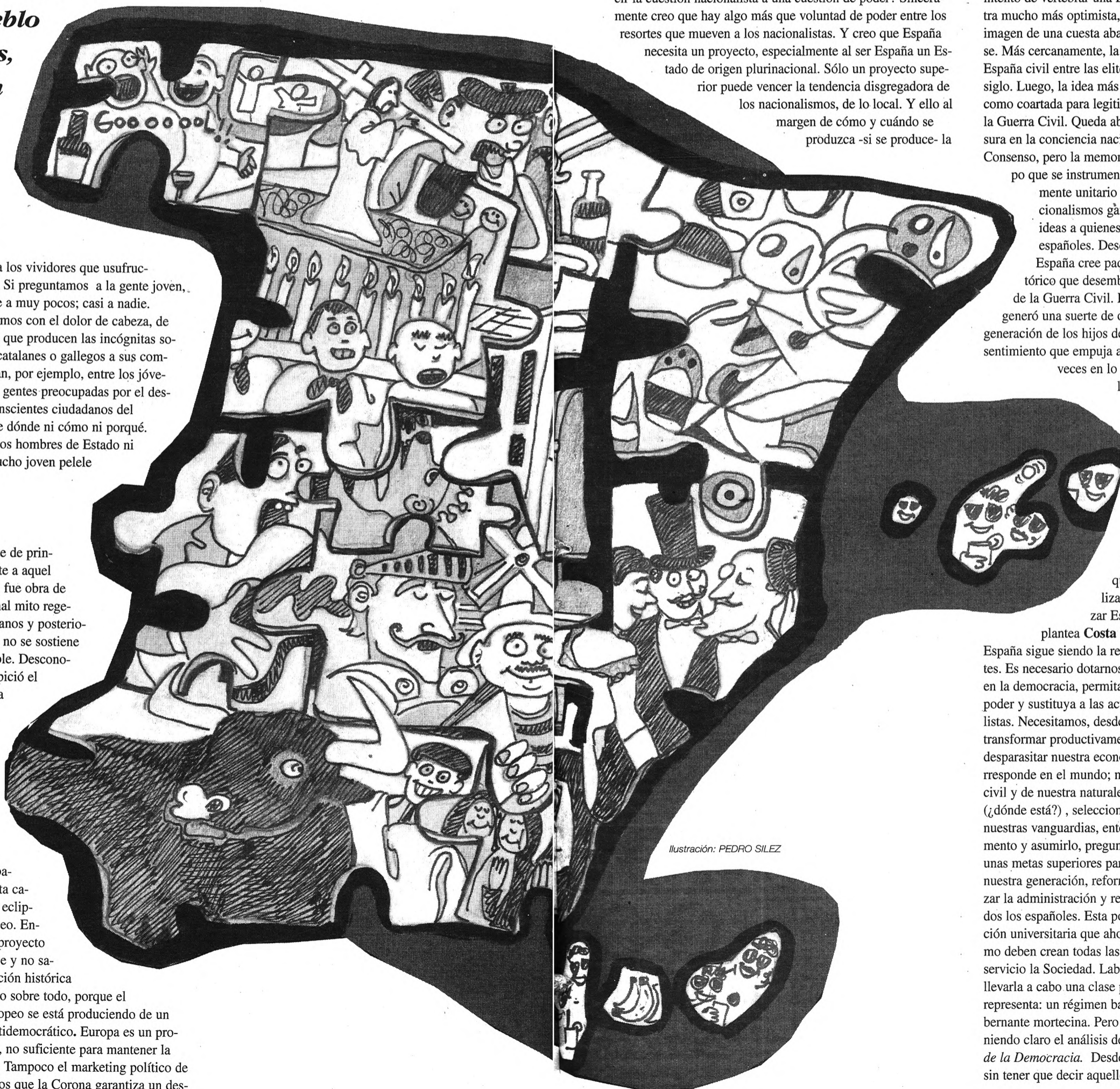


Ilustración: PEDRO SILEZ